

hay unas cuantas casas, y la tradicion dice, que este era el pueblo, patria de aquel feliz ladron que confesó á nuestro Señor Jesucristo entre los tormentos de la cruz. Comenzamos á subir las montañas, y el camino se empeoraba á cada paso; colinas áridas sin resquicio de vegetacion, piedras enormes, es todo lo que se encuentra hasta llegar á una cañada donde hay un pequeño bosque de olivos. Llegamos allí al mediodía, y tomamos bajo de los árboles, la comida que llevabamos prevenida desde Ramla. El calor era sofocante y á pesar de que íbamos provistos de sombrillas blancas, el sol nos parecia abrasador. Despues de descanzar un poco, continuamos nuestro camino. Pasamos por un pueblo medio arruinado, donde hay una iglesia caída, llamada de San Jeremías: aquí, habia convento antes, y en una de las persecuciones contra los cristianos, los turcos asesinaron á varios padres franciscanos, y arruinaron la Iglesia. Poco despues se pasa el torrente que viene del valle del Terebinto, donde David venció á Goliath, tomando de dicho torrente la piedra con que derribó al gigante. Se divisan tambien en una alta montaña unas ruinas, que la tradicion dice ser los sepulcros de los Macabeos. El camino siempre árido y triste, pues parece que á proporcion que se acerca Jerusalem, se manifiesta mas visible la desolacion y castigo, que pesa sobre esta ciudad maldita por Nuestro Señor Jesucristo. Rocas áridas hechas pedazos, cerros desnudos y barrancas sin una gota de agua, donde no se ve signo alguno de vida, ni pájaros, ni ganado, ni cosa que se mueva, todo parece muerto y el viento que silva entre las hendeduras de las rocas, parece repetir la maldicion fulminada, contra este país que no quiso conocer el tiempo de su visitation. Dispuesto el ánimo con este espectáculo desolador, á las cuatro y media de la tarde, nuestro dragoman, que iba delante, gritó: *Jerusalem! Jerusalem!* Toda la caravana repitió la misma palabra, fijando nuestros ojos en la cima del monte Olivete, que es lo primero que se presenta; y las murallas de la ciudad por parte del Poniente, vienen luego á convencer al peregrino, que en efecto se encuentra ya á la vista de la Santa Ciudad. La impresion que se experimenta en este momento, es tan fuerte, que por un impulso irresistible y sin habernos puesto de acuerdo, nos apeamos todos, besamos la tierra, diciendo:

adorámoste Señor mio Jesucristo y bendecímoste, que por tu Santa Cruz, pasion y muerte, redimiste al mundo y á mi pecador. Despues prorrumpimos en el grito que la Iglesia Santa usa en el oficio de la Semana Mayor: *Jerusalem! Jerusalem! conviérte al Señor tu Dios.* ¡Cuántas impresiones se sienten! ¡Cuántas ideas se recuerdan al ver por primera vez á Jerusalem! Jerusalem, residencia de David, de Salomon y de tantos hombres célebres en la Sagrada Escritura. Jerusalem, donde estuvo el famosísimo templo de Salomon, maravilla del Universo; ciudad de bendicion en otro tiempo, donde habia prometido Dios Nuestro Señor escuchar propicio las oraciones de los hombres; donde permaneció el Arca del Antiguo Testamento, instrumento de tantos prodigios. Jerusalem, teatro en que Nuestro Señor Jesucristo, hizo tantas manifestaciones de su misericordia y de su poder; ilustrada con la presencia del Salvador, la Santísima Virgen María y los Apóstoles. Jerusalem, la desgraciada ciudad deicida, que por no haber reconocido al Salvador, fué castigada tan terriblemente cuando los romanos la sitiaron, saqueron y redujeron á cenizas, no quedando *pedra sobre piedra.* Jerusalem, la ciudad tan apreciada de los cristianos, que en otro tiempo bajo el estandarte de la Cruz hicieron prodigios de valor y heroicidad para recobrarla. Jerusalem, sitiada y tomada á viva fuerza tantas ocasiones. Jerusalem, en fin, donde se encuentran sitios tan augustos, tan sagrados como el Calvario, donde el Salvador sufrió por nosotros, el oprobio de la Cruz, y el Santo Sepulcro, teatro de su gloria y de su triunfo. A esta ciudad iba yo á entrar, y todos esos recuerdos é ideas aglomeradas en mi mente, producian en mi corazon, una impresion inefable de respeto, de veneracion profunda, de gusto en fin, y satisfaccion indefinible, por haberme concedido Dios nuestro Señor la dicha de gozar consuelos tan gratos al corazon de un cristiano.

Como preparacion para entrar á la santa ciudad, leamos la siguiente poesia del Sr. D. José Joaquin Pesado, uno de nuestros mas distinguidos literatos:

JERUSALEN.

Morada del poder y los honores, ¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
Corte de Dios un dia, En tus altas señales,
Objeto de consuelos y terrores, Las pisadas del tiempo fugitivo,
Prestigio de mi humilde fantasía: Y de Dios los designios eternos!

¡Qué de veces, Salen, tus sumas glorias ¡Oh! si los sacros muros visitara,
A mi mente se ofrecen, Cual pobre peregrino,
Y mezcladas con lúgubres memorias En donde tú, Señor, la lumbré clara
Entre profundas sombras resplandecen! Mostraste ya de tu poder divino!

Eres claro padron, que levantado Donde vaticinaron tus profetas
Puso el dedo divino, De tu Hijo la venida,
Para marcar al hombre esclavizado Y verdades sublimes y secretas
La libertad que el cielo le previno. Mostraron á la tierra oscurecida:

Eres tú, monumento sempiterno, Donde se presentara este Hijo amado,
Eres viva enseñanza Humilde y oprimido,
Del amor y bondad del Eterno, De los sabios y grandes despreciado,
Y tambien de su enojo y su venganza. Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
Las luces y el consuelo,

Abriendo con su sangre al hombre ingrato

Los supremos alcázares del cielo.

II

Pues que una suerte contraria Junto á la rota muralla,
En esta tierra me liga, Que á Jerusalem circunda,
Encadenando enemiga En la soledad profunda
Los impulsos de mi amor: El Eterno te hablará:
Hágate el afecto acaso Allí, escuchará benigno
Tocar lo que yo no veo, Tus oraciones sencillas:
Y en las alas del deseo Prodigios y maravillas
Alza el vuelo, corazon. A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia, ¡Salve! suelo sacrosanto,
Ni tampoco inconveniente: Del hombre infeliz abrigo,
Lo pasado y lo presente De su redencion testigo,
Sabe en un punto juntar. Sagrario de Santidad,
Paréceme que salvando Asilo del inocente,
Selvas y montañas densas, Del desgraciado patrono,
Las soledades extensas, De revelaciones trono,
Y la inmensidad del mar, Y templo de la verdad.

Se presentan á mis ojos ¡Qué hermosas son en tus montes
El monte de las Olivas, Las plantas del que bendice
Los estanques de aguas vivas, A los pueblos, y predice
El torrente de Cedron; Al cautivo libertad!
Los sepuleros de los reyes, ¡Del que anuncia á las naciones,
Los escombros del Santuario Que ningun opreso gima,
El santo monte Calvario, Porque el Señor se aproxima
Y la colina de Sion. Y en el mundo reinará!

III

Felices los que oyeron Yaces ¡ay! enclavado
¡Oh Señor! de tu boca santa y pura, A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:
Las palabras, y vieron Del pecho lastimado
Tu modesta hermosura, Lanzando tristemente
Gozando tu piedad y tu ternura Suspiro profundísimo y doliente.

Aquí les enseñabas: Como trozado lirio
Allí de tu poder muestras hacias: Que sufre del Agosto los rigores,
Los enfermos sanabas: Yaces con el martirio:
La muerte destruías: Cargaste mis errores,
En todo, como Dios, resplandecias, Y eres varon de penas y dolores.

Brindabas á los niños Tus entrañas traspasa
Tu amor: al infelice tus desvelos: El dolor, y de tu alma se apodera:
Al pobre tus cariños: Ardiente sed te abrasa:
Al triste tus consuelos: Tu aliento se acelera:
A todos con la herencia de los cielos. Tu corazon se funde como cera.

Y porque tú alumbraste ¡Oh pueblo descreido,
Del hombre las tinieblas y ceguera, Sordo á las voces y al ejemplo ciego!
Y benigno curaste La sangre que has vertido
De su culpa primera Vendrá sobre tí luego:
La horrible llaga, inveterada y fiera: Tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
Su rayo vengador, airado el cielo.
La compasión divina,
Al predecir tu duelo,
Lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV.

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del Justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos do quier.
Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
"¡Ay del pueblo, del templo del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

De furor el Romano ceñido,
A tí viene frenético y ciego:
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue despues:
Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

En el aire, de sangre teñido,
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.
Despeñados despues los recibe
En sus senos el bátraco oscuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:
Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Los Levitas oyeron de noche
Dentro el *Sancta Sanctorum* augusto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;
Y una voz que pronuncia: *Salgamos*
Presto, presto, del sitio inseguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí desdichada Salen!"

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,
El incendio voraz se derrama,
Y consume tu vana altivez:
Toda envuelta en torrentes de fuego
Ya no ofreces un punto seguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

El conuento del harpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron tambien:
Vanos son de la virgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Con el tiro postrero que lanza
Sobre tí la fatal catapulta,
Al Profeta infelice sepulta,
Que el estrago anunciábate fiel,
Y al morir este acento repite,
Que en el éter divágase puro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

V

¿Dónde estan de la flébil elegía
Los tristes ecos, el amargo llanto?
¿Dó están, que no acompañan la voz mia
En tan duro quebranto?

¡Cómo yace desierta y desolada,
La que un tiempo humilló pueblos enteros
¡La señora del mundo esclavizada,
Llora sus males fieros!

Cayó Sion de su elevado asiento,
El Señor la apartó de su memoria,
Trocó en pena y suspiros su contento,
En afrenta su gloria.

Su grandeza y beldad están perdidas,
Sus calles enlutadas y desiertas,
Sus torres y murallas derruidas,
Destrozadas sus puertas.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
Negra mancha su cándido decoro,
Perdió su estima, cual con liga impura
Pierde su precio el oro.

Asentados en tierra sus ancianos
Sobre ceniza vil, gimen dolientes,
Sus vírgenes tambien con lloros vanos
Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,
Al contemplar escenas tan extrañas
Mi voz entre sollozos enmudece,
Se rompen mis entrañas.

VI

¡Cómo yace entregada
Hoy á letal olvido
La ciudad, á quien ántes
Miró el cielo benigno!

No de Gion la fuente
Vierte raudales limpios,
Para regar los huertos
De higueras y de olivos:

Finó, Solima bella,
Tu popular bullicio,
Y tristeza afrentosa
Domina en tu recinto.

Ora sus aguas turbias,
Con lánguido ruido,
Se arrastran torpemente
Entre zarzas y espinos.

Cuando tiende la noche
Su manto denegrado,
Se cruzan por tus plazas
Tristisimos suspiros.

En vano con su acero
Quiso el cruzado altivo
Reconquistar tu gloria,
Dándote nuevo brillo.

Cayó Salen, prorrumpen
Los ecos adormidos,
Cayó, tambien responden
Los montes convecinos.

Sus triunfos se pasaron
Cual pasa el torbellino,
Que en pos tinieblas deja,
Y truenos y granizo.

Y vino el Agareno
Cual tigre enfurecido,
Y te cerró en sus garras
Con hórridos rugidos.

Tambien el Idumeo
Bajando de sus riscos,
Dividió por despojos
A tus inermes hijos.

Llevándose delante,
Cual mudos corderillos,
Con despiadada vara,
Tus virgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,
Templo, ni sacrificio,
Eres de tus contrarios
La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo,
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo,
Jamás te mira el cielo
Con ojos compasivos

¡Pobrecilla! agitada
De un mar embravecido,
No hay quien de tí se duela,
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrajes y rigores
Participa contigo.

El tirano, que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
Darte yo algún alivio!
¡Mas ay, que nada puede
Mi canto dolorido!

VISTA DE JERUSALEN

